



JUAN
SKLAR

LOS CATORCE
CUADERNOS

emecé

Juan Sklar

Los catorce cuadernos



emecé
cruz del sur

—Voy a acabar.

—No, pará. A mí me falta.

—Si te movés, acabo.

—Un poco más, un poco más —me susurra Galletita al oído.

La agarro del culo y arremeto. Qué pequeño y turgente es el culo de Galletita. A la primera metida ya estoy acabando. El orgasmo es largo y llego a darle ocho o diez pijazos más. Igual no alcanza.

Me desplomo sobre su cuerpo. Ella se sigue moviendo. Con fuerza se frota contra lo que queda de mi erección. No llega. Fue el polvo más corto de mi vida adulta.

—¿Querés que te la chupe?

—No. Quiero que me la metas.

Miro para abajo. El forro ya me baila.

Ella se va al baño. Cuando vuelve casi estoy dormido. Se tira en la cama junto a mí y se acurruca. Ga-

lletita huele a Melba bañada en leche tibia. La beso. Me besa. Se me para y le damos de nuevo. El segundo tampoco es maratónico. Alcanza con lo justo para que ella acabe y yo salve mi dignidad sexual. A dormir.

No sé nada de Galletita, salvo que mide un metro cincuenta, es castaña, ojos verdes y es muy blanca. La conocí en una fiesta, nos fuimos a su casa.

Al día siguiente Galletita tenía un almuerzo con su familia. Mientras ella se prepara para salir, miro su casa. Es un PH en Colegiales. Lindo. Decorado con poca plata y buen ojo. La heladera está llena. Le pido su teléfono. Anota en un papel y me lo da.

—Me voy a de vacaciones mañana. Al sur. No creo que tenga señal. ¿Hablamos a la vuelta?

Salí de la casa de Galletita a ese calor asqueroso que espero solo exista en Buenos Aires. Noventa y cinco por ciento de humedad, cuarenta de térmica y amenaza de desmayo inminente. Ese calor que te recuerda que deberías haberte ido de vacaciones.

Para que un programa de televisión argentina de ficción esté al aire en abril, se tiene que empezar a grabar en febrero. Para que eso suceda los guiones tienen que estar escritos un mes antes. Y para eso hay que arrancar a escribir en noviembre. Cuando el país entero afloja y empieza pensar a dónde se va a ir a chapotear el verano, los guionistas de televisión estamos empujando a trabajar.

Me tomé el 140 al centro y de ahí el 33 hasta San Telmo. Otro enero en Buenos Aires en mi departamento sin balcón.

No me molesta escribir para la tele. No me molesta escribir programas para niños. Lo único que quisiera es tener un poco de verde, una pileta, unas chicas en bikini. Un balcón no estaría mal.

Prendí la computadora. Media hora después, bolidando por las redes sociales aparece la solución. Mi amiga Bruja había alquilado una casa en el Tigre para ocho personas, todo enero, y les faltaba un ocupante. Una cama vacía en una casa enorme junto al río. Perfecto. La llamé. Le pregunté si podía sumarme. Me dijo que sí.

—¿Quiénes van?

—Vamos mi novio, yo, una pareja de amigos, El Tierno y dos chicas más.

—¿Solteras?

—Lesbianas.

—Ah.

A mí qué me importa. Dos parejas, un amigo y dos lesbianas. Está bien, no me voy a besar con nadie en todo enero, pero es mejor que estar solo trabajando en el asfalto. Tampoco que en Buenos Aires tuviera muchas posibilidades de romance. La ciudad había quedado vacía y Galletita no volvía hasta dentro de dos semanas.

Galletita. No era hermosa, pero me gustaba. Y creo que yo le gustaba a ella. El sexo había estado bien para una primera vez.

Bruja es la novia de mi amigo Palito. Más que amigo, conocido. Trabajamos en un proyecto juntos y pegamos buena onda. Algunos años íbamos al cumpleaños del otro, algunos años no. Cada vez que nos encontrábamos charlábamos un rato y por Facebook hablábamos de cine. Palito es director y siempre tiene las últimas novedades del cine indie norteamericano. Creo que le hubiera gustado ser yanqui. Con Bruja yo tenía un vínculo parecido. Buena onda, encuentros casuales, no mucho más. Ella tira el Tarot en un boliche de esoterismo que tiene en la Galería del Patio del Liceo, esa galería que antes era un rejunte de comercios inmundos (está a unas cuadras de la casa de mis padres y de chico iba a comprar juegos para el Sega Génesis) y ahora está copado por lo más moderno del hipsterío porteño que desearía haber nacido en Williamsburg o en Berlín Este. Hay galerías de arte, ateliers, peluquerías de vanguardia que reniegan de ser vanguardia, librerías especializadas y locales de cómics importados. Abajo hay un puestito que vende cocktails, para que todo el mundo pueda lucir sus anteojos de marco grueso y su impronta de artista mientras se toma un Cynar con pomelo. En su local Bruja vende libros de cualquier tipo de creencia esotérica, velas, adornos, amuletos, mazos de Tarot, palo santo y aceites aromáticos. Arriba, en un entrepiso, tira las cartas. Es la típica cueva esotérica con santería para apuntalar el negocio pero, en vez de estar atendida por viejas viudas tiene al frente dos minitas (Bruja y su socia) muy lindas y perfumadas y bien vestidas a la moda. El local, además, está alineado con la onda de diseño que domina toda la galería. Los viernes a la tarde se arma una pequeña movida

con música, tragos y un desfile de chicas lindas que uno intuye hacen cosas interesantes y artísticas.

Lo que Bruja ofrecía para el verano estaba muy bien. Una casa grande sobre el río para ocho personas con muelle, parrilla, jardín enorme, hamaca paraguaya y canoa para salir a pasear: 1.500 pesos por mes. Había fotos. Prometía. Escribir podía escribir en cualquier lado y mejor hacerlo rodeado de verde y agua que cemento y ruido. Si había una reunión, me tomaba la lancha y me volvía a Buenos Aires. El tema de la guita lo solucioné rápido. Puse mi departamento en los avisos clasificados de Craigslist y en dos días se lo había alquilado a una turista de República Checa por la misma plata que a mí me salía el alquiler en el Tigre. El plan era perfecto. Escapaba de Buenos Aires sin gastar un peso y me instalaba en el único lugar que está tan cerca como para poder seguir conectado y al mismo tiempo es tan distinto que lograrás sentirte de vacaciones.

Decidí mudarme a la Isla el cinco de enero. La casa estaba disponible desde el viernes cuatro, pero preferí llegar un día más tarde y que otro se encargara de abrir la casa, recibir la llave del dueño, ver dónde están los tapones, ver dónde está la garrafa y ver si la cadena anda. Quería llegar y que la casa ya estuviera un poco vivida.

Me encontré con El Tierno en Retiro para tomaros el tren a Tigre. El Tierno tampoco era un amigo íntimo, pero tenía más relación que con Bruja y Palito. Hicimos juntos un curso de guión en el 2007. Nuestra amistad comenzó el día en que hubo que armar equipos para escribir. En ese curso nadie me soportaba

mucho, y no los culpo. Una tarde El Tierno leyó uno de sus guiones al grupo y ese guión tenía un chiste, un solo chiste, tan bueno y tan contundente que fui a buscarlo para trabajar con él. En el fondo creo hubiera preferido juntarse con otro, pero yo estaba tan seguro que se dejó arrastrar. Ese equipo funcionó muy bien y de ahí salió el proyecto de televisión en el que terminé conociendo a Palito. El Tierno tiene un talento indiscutible y, al mismo tiempo, la convicción de una babosa. Está decidido a empollar ese talento hasta el fin de los días y, mientras tanto, los días pasan. Cuando nos conocimos, esa inercia de la homeostasis me desesperaba. Quería sacudirlo, meterle una piña o una patada en el culo. Me daba bronca que no hiciera nada, que tuviera tantas posibilidades y no aprovechara ninguna. Los talentosos sin temple me irritan. Con el tiempo dejamos de vernos y pasé a tener con él el mismo vínculo que tenía con Bruja y Palito. Ahora nos volvíamos a juntar casi de casualidad.

En el tren nos pusimos a hablar de la casa.

—¿Qué onda el lugar? —le pregunté.

—Está buenísimo. Es el paraíso gay en el Tigre.

—¿La conocés?

—No. Vi las fotos nada más. Está pintada de violeta, verde y amarillo, el muelle privado tiene unos toques así, medio floreados y en uno de los decks hay un jacuzzi que parece sacado de una porno.

El Delta fue refugio contra la persecución en todas sus formas. Junto a las casas de fin de semana y los clubes náuticos se escondían ladrones, militantes revolucionarios, homosexuales, hechiceras y otros especímenes que necesitaban escapar del panóptico porteño. El Delta del río Paraná tiene casi dieciocho

mil kilómetros cuadrados surcados por infinidad de ríos, arroyos y riachos. Hay lugares donde no llega ni la luz eléctrica ni la policía ni la moral. Con un poco de esfuerzo es posible aislarse completamente del mundo y hacer ahí lo que quieras. No es inverosímil que en los años sesenta o setenta algún puto con guita haya transformado su casona del Delta en refugio personal de la mirada inquisidora de la ciudad.

Yo también había visto las fotos y la idea de Paraíso Gay le hacía justicia. Era un caserón de fines del siglo XIX remodelado en los 60, con decks y un jardín centenario salpicado de hortensias y palmeras. *Quizás este enero no la ponga, pensé, pero por lo menos voy a estar en un lugar lindo.* E inmediatamente después le llegó a El Tierno un mensaje de texto de una de las chicas que estaba en la casa. *Por favor traigan agua, estamos sin luz y la bomba no anda. El lugar se cae a pedazos.* Nos pareció una exageración absoluta. ¿Cuán mal podía estar la casa? ¿Y cuál era el problema si no había bomba un rato? Igual compramos dos bidones de diez litros.

El Paraíso Gay en el Tigre estaba un poco baqueta. La construcción había sufrido los embates del tiempo y de los elementos. Lo más triste era el muelle, que estaba inclinado hacia la izquierda y terminaba medio en comba. La parrilla era muy rústica (estaba hecha con plafones y levantada con ladrillos) pero andaba. Quedaba claro que todo había vivido una época de gloria mucho antes de que nosotros llegáramos. En el muelle nos recibió Bola de Fuego, una de las lesbianas.

—Este lugar es una verga.

La percepción tan negativa que Bola de Fuego tenía de la casa se debía, en parte, a lo sucio que estaba todo. Una mugre impía copaba cada rincón. Había ciertos indicios (como un tacho de chapa de un metro de alto lleno de basura quemada que largaba un olor pestilente) de que nadie se había preocupado en dejar el lugar habitable. Y había gatas peludas, cientos de gatas peludas, reptando a sus anchas por suelos y paredes. Así y todo, yo estaba contento. No me importaba que el baño fuera chico y sucio, no me importaba que hubiera goteras, no me importaba que mi colchón se hundiera y tampoco me importaba que mis perspectivas de sexo, histeria y romance fueran nulas. Estaba al aire libre, lo demás eran detalles.

Apareció la otra lesbiana. Agua de Tanque.

Agua de Tanque no parecía demasiado molesta por el lugar. Esperaba otra cosa, pero dentro de todo no tenía problemas con lo que había alquilado.

—Este lugar es una verga —insistía Bola de Fuego, cada vez más caliente con Bruja, que al parecer le había vendido otra cosa.

Bola de Fuego y Agua de Tanque son dos productoras de cine y en ese verano estaban trabajando en La Película Argentina Más Cara de la Historia y su jefe, el director y guionista pelado ganador del premio pelado y dorado que te dan en Hollywood, las tenía cagando. Laburaban once millones de horas por día de lunes a viernes y habían pagado la casa todo el mes solo para tener un lugar al que escaparse los fines de semana. Bola de Fuego, como Bruja, creía en la magia y las energías sutiles y en su tiempo libre hacía Constelaciones Familiares, una práctica psico-esotérica que no termino de entender. Agua de Tanque

hacía fierros y, que yo supiera, no profesaba ninguna creencia mágica.

Impulsados por la bronca de Bola de Fuego limpiamos un poco la casa y activamos la parrilla. Con El Tierno les hicimos a las chicas el primer asado de la temporada. A decir verdad, yo les hice un asado. En mi grupo de amigos nunca hago el asado. Jamás entré en la competencia para ver quién es el mejor asador y nunca me importó mucho. Sin embargo, una vez que pude hacer el asado (la competencia de dos lesbianas y El Tierno en este aspecto era inexistente) me puse contento. Esa noche nos atiborramos de carne, nos tomamos cinco tubos de vino y nos fumamos el porro necesario para desnucarnos contra la cama y dormir suave, profundo y de un tirón.

Los domingos la Isla bulle de actividad. Pasan lanchas, pasa gente, en cada casa hay un asado y de cada muelle salta un chico que cae de bomba sobre el río Espera.

Bruja y Palito llegaron en la lancha de las once. Con Bruja a la cabeza, nos pusimos a limpiar la casa en serio. Abrimos todas las puertas y ventanas, barrimos todos los pisos, sacamos el barril con basura quemada. Los mosquiteros que colgamos sobre las camas le dieron a los cuartos un aspecto señorial. Conectamos un equipo de música que había traído Palito, Agua de Tanque hizo unos arreglos florales en macetas que improvisamos con botellas de agua cortadas al medio y la casa se llenó de color. Limpiar con amigos y al ritmo de la música es una actividad muy gratificante. Mejorar el espacio, hacerlo tuyo, salvarlo de la desidia. Además, Bruja, junto a Bola de Fuego, se puso a quemar mirra e

incienso por todo el lugar. Iban por ahí largando humitos con olor, repitiendo mantras, limpiando la energía del lugar. Creas o no en esas cosas, es innegable que ver a dos mujeres cantando y esparciendo fumatas por la casa te pone de buen humor. Mi cuarto era el más grande y lo compartía con Bola de Fuego, Agua de Tanque y El Tierno. Para coronar el proceso de conquista de la casa, nos tiramos al río.

El agua te vuelve niño. Subirse al muelle, tirarse de bomba. Tirar una pelota y que el otro la agarre en el aire. Sentarse al sol. La diversión y el placer se vuelven básicos. Accesibles a todo el mundo. No hay que tener ninguna habilidad para disfrutar en el río. Con saber saltar y quedarse quieto, alcanza. Cuando nos dio hambre salimos del río y nos preparamos alta merienda. Más que por lo variado, por lo contundente. Pan, manteca, dulce de leche y café. Después, con la panza llena y el cansancio de haber amanecido temprano y haber puesto el cuerpo en marcha, cada uno se fue a buscar alguna posición horizontal. A las camas, a la sombrita en una lona o en la hamaca paraguaya. Yo elegí la hamaca. Me bañé en repelente y me tumbé a leer *Las partículas elementales* de Michel Houellebecq. El comienzo era prometedor, pero el cansancio fue más y me quedé dormido. Al rato abrí los ojos, con la boca llena de gusto a siesta.

La casa estaba tranquila. No había ningún movimiento. Desde lejos llegó el ruido del motor de la lancha colectiva. Fue parando en todos los muelles hasta que llegó al nuestro. Llenos de bolsas con electrodomésticos, bajaron los dos que faltaban, Bebotá y Pintor.

Él. Treinta y cinco años. Fachero. Artista. Profesor de pintura en el IUNA. Tranquilo. Reservado. Tatuajes. Físico bien cuidado.

Ella. Rubia. Linda. Buen culo. Divino culo. Tetitas pequeñas pero bien llevadas. Pelo suelto, flequillo desprolijo.

Se bajaron de la lancha colectiva con sus valijas a cuestras y se pusieron a saludar. Bruja, que es amiga de Bebota, salió corriendo a abrazarla. Yo recién me despertaba de la siesta, así que me quedé tirado en la hamaca viendo qué pasaba. Después del abrazo y los *woos* y los *ayyys*, y los *nena te extrañé qué bueno que llegaron*, Bebota vino hacia la hamaca y me saludó con un beso en el cachete. Rico olor. Me invadió una oleada de aroma a bebé, dulce, cremoso, lleno de canela. Atrás vino él, que saludó, se presentó, muy correcto y siguió su camino. Antes de dejar las valijas, ella se detuvo y se me puso a hablar. Es profesora de yoga (pronuncia *ioga*) y vamos a practicar todas las tardes. Hace reiki. Es vegetariana. Concheta. Un poco de papa en la boca, no mucho. Le queda lindo. Me pregunta por mi carta astral. Soy de Escorpio, digo. Entonces aparece Bruja, que amplía.

—Sol en Escorpio, luna en Sagitario, ascendente en Capricornio. Mercurio, Neptuno y Plutón en Escorpio.

La miré preocupado.

—Hice la carta de todos los que veníamos a la Isla para ver si había compatibilidad —aclaró.

—Ah, sos re de Escorpio —me dijo Bebota—. Yo soy de Tauro, pero muy de Tauro. Somos opuestos complementarios. Vas a ver que nos vamos a pelear, pero en el fondo, nos vamos a llevar bárbaro.

Bebota se fue caminando mientras yo miraba su culo redondo, torneado y amable a la vista.

Ocho personas, una casa baqueta pero hermosa, sol, jardín, río. Un montón de porro (Pintor y Palito habían traído sus propias cosechas), una canoa, pelota, aros de hula, música y una camarita GoPro para filmarlo todo. Esa noche, asado, vino, más porro, guitarra, canciones y chamanismo de shopping center con Bruja y Bola de Fuego. Tiradas de Tarot y masajes sanadores entre volutas de humo de palo santo. Hasta ahí, todo bien.

* * *